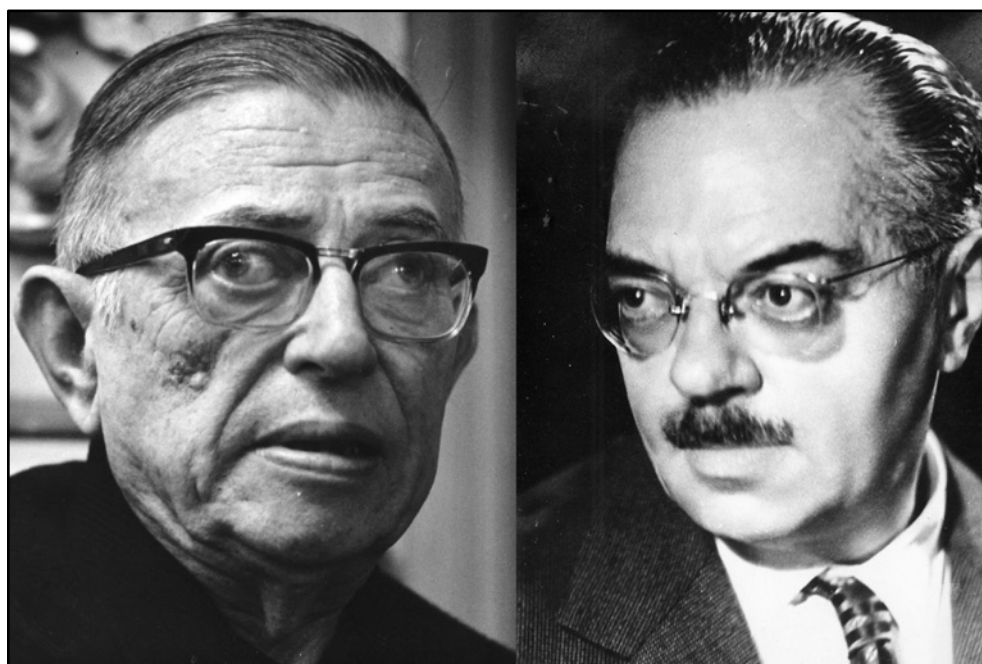


Textos recuperados

César Tiempo entrevista a Jean Paul Sartre

Texto publicado en el suplemento Lecturas Dominicales del diario colombiano El Tiempo (1965). Luego reunido en el libro Capturas recomendadas (1978).*



Con Jean Paul Sartre

Cuando usted le cuenta a alguien que estuvo en París, lo primero que le preguntará es si conoció a Sartre, a Jean Paul Sartre, uno de los anticlones más rumorosos de Europa, el pequeño profesor de cabellos desteñidos que debutó en las letras allá por el año 1936 con un libro sobre La imaginación, en el que pretendía demostrar que la imaginación no existe. Y, en realidad, la curiosidad está justificada, pues Sartre es de los pocos escritores que supieron suscitar la atención mundial con su filosofía de la existencia, sus novelas, sus obras de teatro, sus polémicas enconadas y ese modo tan suyo de hacer acrobacias sobre los cráteres de los más peligrosos volcanes. Huguenín dice que tal vez conoció la singular desesperación de servir para todo... En todo caso conoció la

* Ediciones de Librería del Jurista, Buenos Aires, 1978.

gloria. Y no solamente la del premio Nobel, que se dio el gusto de rechazar para que todo el mundo siguiera hablando de él.

Conocimos a Sartre lustros atrás en el cuartel general del existencialismo, en Saint-Germain, des-Prés, y lo hemos seguido viendo cada vez que la ocasión se mostraba propicia, pues Sartre tiene, como nuestro Blomberg, la sangre de los nómadas y el dulce mal de andar, y no es fácil atraparlo.

Antes de la guerra del 14, Montmartre se consideró el ombligo del mundo. Fue reemplazado por St. Germain, un barrio verdaderamente histórico. En él vivió y murió asesinado Marat; escribió Desmoulins sus famosas anútebas; tuvieron su imprenta Balzac y sus ateliers Courbet y Delacroix, y en una de sus calles, la de Beaux-Arts, número 13, se extinguió a los cuarenta y seis años, pobre y olvidado, Oscar Wilde. Hoy funciona allí el Sindicato de Libreros y los cafés de la nueva literatura; cuando llueve en Saint-Germain, llueve en todo París.

Huele a Tabú

Sartre es visible, pero no accesible. Muy pocos pueden acercársele. Si uno se atreve, se expone a sus sarcasmos o a los de sus secuaces. Nosotros le fuimos presentados por Marcelo Pagilero, un periodista italiano que debutó como actor en *Roma, ciudad abierta* y luego dirigió algunas películas en Francia basadas en libros cinematográficos de Sartre. *Tabú*, *Deux Magots*, *Montana* son los nombres de los cafés que frecuentaba. Sartre apareció por pura casualidad en uno de ellos. Resulta que un grupo de estudiantes del vecino Quartier Latin adquirió la costumbre de reunirse en un bodegón tan bullicioso como mal iluminado de la calle Dauphine. Una pequeña orquesta, especializada en "jazz Nueva Orleans" y dirigida por el músico y escritor Boris Vian, amenizaba las veladas. Los estudiantes dieron a su refugio el nombre de Tabú para subrayar su carácter inviolable y cerrado. Cierta noche alguien llevó allí a Sartre, que era un apasionado del "jazz" (ahora prefiere a Beethoven). Sartre empezó a frecuentar el local y a llevar consigo a Simone de Beauvoir, amigos y discípulos. El café no tardó en convertirse en uno de los lugares más frecuentados y refinados de la capital francesa. Pero fue clausurado poco después por culpa de una muchacha de diecisiete años, proclamada Miss Vicio, en plebiscito público, durante una velada consagrada fervorosamente a todos los pecados capitales, menos el de la avaricia, que es un pecado nacional. Nosotros llegamos tarde.

La libertad es una tradición

Sartre fuma nerviosamente y gesticula como un napolitano. Es menudo, feo, bisojo, elocuente y genial. Fue rubio. Tiene dientes de pescado, está perdiendo el cabello y contesta las preguntas antes

de que uno termine de formularse las. Se podrá estar o no de acuerdo con él, pero nadie puede negarle personalidad. Sartre es alguien más que alguien. Es Sartre.

-¿Cree usted en la inminencia de una nueva guerra? -le preguntamos a quemarropa.

-Europa, querido amigo, es víctima de un espejismo funesto: cree que la división del mundo ya se ha realizado y que la guerra es inevitable. Temer la guerra es estar ya en la guerra. Y Europa, para preservar su patrimonio político y espiritual de la catástrofe, tiene un solo camino: librarse del miedo, negándose a tomar partido por cualquiera de los dos bandos en pugna.

-¿Ama usted la vida?

-No hay nada tan hermoso como lo que no existe, decía Valéry. La vida es un sueño echado a perder por los que no saben soñar...

-¿Qué opina de la literatura llamada comprometida?

-El escritor de hoy se preocupa ante todo por presentar a sus lectores una imagen completa de la condición humana. Haciéndolo, toma partido, se compromete. No se hace lo que se quiere y, sin embargo, se es responsable de lo que se es: he aquí el hecho. El hombre que se explica simultáneamente por tantas razones está, sin embargo, solo para aguantar su propio peso. En este sentido, la libertad podría pasar por una maldición, es una maldición. Pero es, también, la única fuente de la grandeza humana.

-¿Usted cree entonces que el escritor debe dedicarse solamente a su profesión?

-Todo aquello que es de orden estrictamente personal constituye un lujo inútil.

-¿Y la belleza?

-La belleza viene por añadidura, cuando puede. El arte de escribir no está protegido por los designios inmutables de la Providencia; es lo que los hombres hacen de él, lo eligen eligiéndose. Si debiera convertirse en pura propaganda o en puro entretenimiento, la sociedad se derrumbaría en la pocilga de lo inmediato, es decir, en la vida sin memoria de los himenópteros, de los gasterópodos. Existe un optimismo estoico e indecente de la belleza: es el que nos pide aceptar los dolores y la muerte por amor al orden y a la armonía.

-¿*Cree en Dios?*

-Es necesario que el hombre se encuentre a sí mismo y se persuada de que nadie puede salvarlo de sí mismo, de su condición humana. He aquí una prueba valedera de la existencia de Dios. Pero éste es un tema sobre el que deberíamos razonar largamente. Recuerde que Mauriac me llamó "el ateo providencial".

-¿*Qué persigue su literatura?*

-Reconciliar el objeto con el sujeto. Mostrar el desgarramiento del hombre entre su abyección y su grandeza.

-¿*Le teme a la muerte?*

-Permítame que le conteste con una frase de Malraux: "La muerte transforma nuestra vida en destino".

-*Usted es de los pocos escritores franceses que nunca incursionaron en la poesía, ¿por qué?*

-Los poetas se han rehusado a utilizar el lenguaje. Han elegido de una vez y para siempre la actitud poética que considera a las palabras como cosas y no como signos. Están fuera del lenguaje. He aquí una ontología de la ambigüedad que se transforma en una ética de la contradicción. Y a mí siempre me ha gustado contradecirme, lo que no significa que considere dichas contradicciones como la base de una moral. Esto no impide que ame a Baudelaire.

-¿*Qué puede decirnos del cine?*

-No olvide que pertenezco a la generación que lo descubrió. El cine representó para nosotros un desafío a los mayores: nosotros íbamos al cine *contra* nuestra familia. Como hoy se baila el *twist* o la *bossa-nova*. Por reacción. Desde el punto de vista de su trascendencia, el cine, como el teatro, permite ofrecer al hombre haciéndose y deshaciéndose, definiéndose y destruyéndose al socaire de las contingencias. Algo realmente apasionante. Para el creador y para el espectador.

-¿*Cree usted en los triunfos literarios?*

-Los triunfos literarios se parecen bastante a las victorias militares: si se las analiza minuciosamente, no resultan otra cosa que derrotas afortunadas. ¡Y a expensas de cuántas vidas!

-¿De qué está hecha, según usted, la vida de un ser humano?

-De porvenir; así como los cuerpos están hechos de vacío.

-¿Cómo definiría usted al hombre?

-Una ilusión óptica.

-¿Qué es lo peor que le puede ocurrir a un revolucionario?

-Convertirse en un esclavo de la libertad.

-¿Cómo definiría usted a la mujer?

-La ilusión de una ilusión.

-¿Y a Simone de Beauvoir?

-Una edición revisada, corregida y mejorada de esa ilusión.

-¿Por qué no se casó con ella?

-Nadie debe casarse con una ilusión.

-En una de sus piezas usted afirmó que había dos clases de pobres. ¿Cuáles son?

-Los que son pobres en conjunto y los que no lo son enteramente solos. Los primeros son los verdaderos; los otros son ricos que no tuvieron suerte.

-¿Es cierto que desdeña usted la metafísica?

-Al contrario. La metafísica es una discusión estéril sobre nociones abstractas que escapan a la experiencia; es un esfuerzo vivo por abrazar desde adentro la condición humana en su totalidad.

-Uno de sus personajes afirma que "el más cobarde de los asesinos es el que tiene remordimientos". ¿Cree usted que no tenerlos es un acto de coraje?

-En los hombres, sí. La cosa más difícil del mundo...

-¿*Qué opina del diablo?*

-Es un infeliz subordinado. Recibe las almas, pero no es él quien las condena.

- ¿*Usted se cree un elegido?*

-Un elegido es un hombre a quien el dedo de Dios aplasta contra un muro.

-¿*Qué es existir, para usted?*

-Beberse a sí mismo sin sed.

Semijudío, feo y sentimental

En seguida se puso de pie y se fue. Sartre camina bien y, de espaldas, parece un hombre joven más acostumbrado al ring que a la cátedra. Es cierto que cuando enseñaba filosofía en El Havre, las tardes de los jueves boxeaba con sus alumnos. Ahora tiene sesenta años. Los cumplió el 21 de junio último. Su madre es israelita, como la madre de Montaigne, de Marcel Proust, de Chaplin, de David Viñas.¹ Cuando Jean Paul cumplió sus primeros dos años perdió a su padre, oficial de marina. Diez años más tarde, su madre volvió a casarse, actitud que dejó una huella profunda en el alma del chiquillo precoz. Su estrabismo fue una respuesta tísica al trauma psíquico. A la edad en que todos los niños andan a trancas y barrancas con la escuela elemental, Sartre ya había escrito un montón de novelas, parodias o transposiciones de otras historias que había leído y que se contaba a sí mismo, adaptándolas a su gusto. Su abuelo, un hermano de Albert Schweitzer, que fue siempre su paradigma y su mentor, escribía y era profesor universitario; Jean Paul elogió su erudición y sus notables dotes histriónicas en *Las palabras*. "Yo también fui un comediante", dice por ahí. Y es cierto. Sus reacciones, sus muecas, sus actitudes de actor son famosas. Le piden prólogos: "cuatro líneas, por favor". "No tengo tiempo de escribir cuatro líneas", contesta. "Tienen que ser por lo menos doce páginas". Para escribir el prefacio a las obras de Jean Genet, su protegido, escribió 400. Genet no terminó de leerlas. Ha levantado tolveneras de odios Siempre ha estado metiéndose con

¹ César Tiempo presenta algunos datos erróneos: ni la madre de Sartre era judía, ni tampoco la de Chaplin. En cambio, la madre de David Viñas, Esther Porter, sí era judía, y, como César Tiempo, llegó a Argentina escapando de los pogromos del imperio ruso. Esther Porter fue además una mujer de ideas anarquistas que se casó con el juez Ismael Pedro Viñas, con quien formó parte de las luchas contra las represiones obreras en la época de la Patagonia Rebelde [Nota del editor].

alguien: con Paul Claudel, con Francois Mauriac, con Etienne, con Rousset, con Wright, con Camus. Cuando iba a estrenar Los secuestrados de Altona le recomendaron inscribirse en el sindicato de Estrellas Olvidadas. “Lejos de haberse vuelto incapaz de escribir -dijo un comentarista nada benigno- se volvió incapaz de dejar de hacerlo”. Sartre oye las invectivas y los sarcasmos como quien oye llover. Él sabe muy bien lo que quiere y adónde va. Nos enseñó que no estamos libres de no ser libres. Y un hombre como él debe pagar personalmente todo lo que dice. Y lo que hace. Si los que hablan mal de Sartre oyeran reír a Sartre se quedarían mudos. “Imaginar es negar lo real”, escribía en La imaginación. Y a él todo el mundo lo imagina, pero nadie lo conoce. Ni él mismo.